

ÁLBER VÁZQUEZ

Poniente

La increíble hazaña de Juan Sebastián Elcano
y los hombres de la nao *Victoria*

la esfera  de los libros

1

Un mundo sin portugueses

17 de septiembre de 1519

El capitán Isasti puso las manos sobre la borda y miró hacia el frente. Entornó los ojos, escrutó el horizonte e hizo un ruidito con los labios, como quien trata de ayudarse a pensar. La *Limpia Esperanza*, una preciosa carabela artillada de setenta toneles,* se hallaba a unas cincuenta leguas** al suroeste del cabo de San Vicente. Tras Isasti, y pese a lo que tenían mandado, los treinta y cuatro hombres que formaban la tripulación permanecían expectantes. No se podía, desde luego que no se podía, pero, mira, llevaban cinco semanas recorriendo el mar entre Sanlúcar y las islas Canarias y por fin parecía que tenían algo. No se les podía reprochar el ansia a aquellos hombres, porque reprochársela así por las buenas sería como quitarles la miel de los labios. Cinco larguísimas e interminables semanas patrullando sin descanso y, ahora que sentían que habían dado con algo, ese algo les pertenecía a todos. Al menos, su descubrimiento: la certeza de que estaba ahí delante, oculto en la redondez del mundo.

—¿Qué me dice, capitán? —preguntó Tolosa, el maestre*** de la carabela. Se situaba en la borda junto a Isasti y, al igual que él, escudriñaba el horizonte.

* El tonel es una unidad de medida utilizada para medir la capacidad de carga de un buque. Se corresponde casi exactamente con una tonelada.

** Una legua marina se corresponde con 5,5 kilómetros.

*** Segundo de a bordo.

—No sé... —contestó el capitán con esa voz apagada que se usa para decir una cosa mientras piensas la contraria. Porque algo muy dentro de ti te dice que por supuesto que está ahí, que ayer, justo con la última luz del día, la avistasteis, que no estáis en un error, que frente a vosotros, la mar oculta una nave enemiga.

La *Limpia Esperanza* tenía una misión: asegurarse de que en las aguas que separaban la península de las islas Canarias no había portugueses. Necesitaban cerciorarse porque, en cuestión de días, en cuanto ellos regresaran a Sanlúcar y avisaran de que la mar estaba limpia, una expedición de cinco naos mercantes partiría rumbo a la especiería. De las Canarias en adelante, si bien dependerían de sí mismos, no tendrían por qué preocuparse de nada: ninguna nave portuguesa los atacaría porque tenían derecho a navegar aquellos mares. Sin embargo, el trayecto hasta las islas... El trayecto hasta las islas había que planearlo con mucho cuidado. ¿Tenían los barcos españoles derecho a navegar hasta un archipiélago que, por ley, les pertenecía? Todo el del mundo. ¿Tenían esas mismas naves derecho a emprender ruta hasta la especiería? Todo el del mundo. ¿Entonces? Que las respuestas podrían ser esta u otras dependiendo de a quién preguntaran. Si lo hacías con los portugueses, quizás no pensarán igual. A saber. De manera que, por si acaso, habían mandado a una carabela a echar un vistazo rápido. Eso le dijeron a Isasti: vaya, dese unas cuantas vueltas y se viene en cuanto esté seguro de que la zona está tranquila. Isasti repuso que aquella empresa no sería fácil, pero en Sanlúcar, como era costumbre, le quitaron hierro al asunto. Vamos, Isasti, que siempre está usted poniéndose en lo peor. Vaya, vaya de una santa vez.

Así que se subió a la *Limpia Esperanza* y puso rumbo hacia el suroeste. Esta era la sexta vuelta que llevaban dada. Que dicho así suena a demasiado, pero no: la mayor parte del tiempo navegaban sin aprovechar los vientos, despacio. Se pasaban los días rebuscando en la mar. En alguna parte debía de haber portugueses y tenían que encontrarlos. Sería graciosísimo que, estando ahí, a ellos se les pasaran por alto. Regresarían a Sanlúcar, avisarían de que no había problemas, la expedición de la especiería partiría y, tres días más tarde, las cinco naos caerían en una emboscada. Apresadas, con un poco de suerte o, poniéndonos en lo peor, enviadas al fondo del océano. E Isasti en Se-

villa con esa risa tonta que da cuando comprendes que has metido la pata hasta el fondo.

Por eso mismo, el capitán prefería andarse con pies de plomo. En teoría, ya deberían haber regresado a puerto. Los esperaban hacía tiempo, pero él se dijo, tras consultarlo con Tolosa, que más les valía asegurarse de que la zona se hallaba despejada. Y puede venir el listo, porque siempre hay un listo que sabe más que tú de lo que tú más sabes, que afirme que ese trozo de mar que hay entre San Vicente, Gibraltar, Madeira y las Canarias es tan grande que una sola carabela no podría asegurarlo ni en un millón de años. Que mientras tú vas, ellos pueden venir por el lado opuesto. Bien, pues decidle al listo que quizás a él le suceda, pero no así a los hombres de Isasti. No, porque Isasti pisaba el tablaman de la mejor y más veloz carabela del mundo.

Ah, la *Limpia Esperanza*... Era verla y derretírsete la mirada. Tenía una sola cubierta y dos velas latinas que, cuando los hombres las maniobraban como Dios manda, hacían que la nave no navegara, sino que volara sobre las olas. Isasti, como no podía ser de otra manera, la llevaba con la bodega lastrada, pero siempre al límite de lo sensato. Le solían decir: Isasti, ándate con ojo o el barco se te vuelca. Isasti fingía que se lo pensaba, que echaba tres o cuatro cálculos mentales para, acto seguido, asegurar que llevaba el lastre preciso, el que a él le gustaba, el que le permitía poner la carabela a volar sobre la superficie del mar. Calma en todas partes, pues de Isasti podrían decirse muchas cosas, pero no que fuera de esos capitanes que, de puro ineptos, hundían sus propias naves. Salir de puerto y sin tiempo para alejarse ni un cuarto de legua, al fondo. Ni que decir que a esos capitanes no volvía a dárselos un mando en la vida.

Además, ellos tenían a Hans, el lombardero. Hans, que como todos los lombarderos presentes en Sevilla, era alemán de nacimiento, pesaba, por alemán esencialmente, el doble que cualquier marinero. Ello, desde luego, contribuía a que la *Limpia Esperanza* adquiriera estabilidad sobre las olas. Cuando el viento venía de popa, Tolosa lo situaba cerca del palo mayor y le pedía que no se moviera de allí porque, con su peso, ayudaba a estabilizar la carabela. Hans protestaba, ponía el grito en el cielo y afirmaba que él debía ocuparse de sus asuntos, pero pronto le respondían que él era lombardero y, salvo que tuvieran que atacar a una nave enemiga, su trabajo consistía

en, resumiendo, mantenerse con vida. Así que junto al palo mayor y sin rechistar.

—¿Hans? —preguntó, precisamente, el capitán Isasti. Los hombres, que se habían mantenido en silencio hasta entonces, sintieron en el pecho la más honda de las emociones. El capitán no mandaba llamar al lombardero sin más ni más.

—Hans —expresó Tolosa. Las órdenes, en una carabela de las dimensiones de la *Limpia Esperanza*, se daban sin alzar la voz. No hacía falta, pues, con la mar en calma, se escuchaban sin dificultad los unos a los otros.

Hans, Jansito, como le llamaban los marineros, se abrió paso entre el grupo y se acercó al lugar desde donde el capitán no dejaba de observar el horizonte. Él también echó un vistazo, pero no tenía buena vista y veía mal de lejos. Por extraño que parezca, la mayoría de los lombarderos alemanes no veían tres en un burro. Se dio el caso de uno que era literalmente ciego y tardaron diez años en darse cuenta. Y es que existen demasiadas suposiciones en torno a lo que un lombardero hace y muy pocas certidumbres. Los tipos como Jansito jamás apuntaban al enemigo. Quien apuntaba era el piloto y lo hacía mediante el gobierno de la nave. No quedaba otra, pues las lombardas se hallaban fijadas a la cubierta de la carabela y el lombardero sólo tenía que decidir cuándo las hacía bailar. En la *Limpia Esperanza* llevaban montadas cuatro lombardas, dos por cada lado, hacia la parte de popa, tras el palo de mesana. También llevaban seis falconetes de pequeño calibre, aunque estos los servían entre los grumetes y los pajes y sólo si las distancias se acortaban tanto que los barcos casi llegaban a tocarse. Cosa que, por cierto, casi nunca sucedía.

—Prepara las de estribor —ordenó, sucintamente, el capitán Isasti.

Isasti era vizcaíno, de Pasajes de San Pedro, y, en consecuencia, no pronunciaba una palabra si podía evitarla. En torno a lo cual siempre se generaban largas discusiones entre las tripulaciones, pues existían, por un lado, los que daban gracias al Cielo por hallarse a las órdenes de un capitán sempiternamente con los labios sellados y, por otro, los que echaban de menos la cháchara continua. Sería difícil alinearse con los unos o los otros, porque todos tenían su parte de razón, pero un capitán silencioso convierte en feliz a una tripulación.

Digamos que en la mayor parte de los casos lo es, así que bien por Isasti y bien por los marineros de la *Limpia Esperanza*.

—A la orden —repuso Jansito, yéndose de inmediato a cargar y preparar las lombardas.

Los hombres, siempre expectantes, se hicieron a un lado y lo dejaron pasar. Transcurrieron todavía algunos minutos antes de que el capitán Isasti se dignara a darles la satisfacción definitiva.

—Tolosa —dijo. Tenía la mirada fija en el noroeste.

—Diga, capitán.

—Está ahí, Tolosa.

—¿Seguro, capitán?

—Seguro.

—A trabajar, pues.

Habían avistado a una nave portuguesa y eso no podía considerarse sino un golpe de buena suerte. Siempre es mejor que haya enemigos y encontrarlos que no haberlos y, por no haberlos, no hallarlos ni en mil vidas. En la mar, sólo cuentan las certezas, pues de suposiciones se han armado siempre las derrotas. Ya podrían regresar a puerto con una evidencia: los portugueses no son ajenos a lo que pretendemos.

Bien. Mientras tanto, algo habría que hacer con aquellas velas que comenzaban a atisbarse en la lejanía.

Darles alcance. Para empezar.

La *Limpia Esperanza* tenía un piloto, aunque a Isasti, en los momentos difíciles como este, le gustaba agarrar la caña del timón. Desde el momento presente, el rumbo de la carabela quedaba en sus manos. Él la guiaba, él decidía por dónde avanzar, él sería el responsable último de que el navío portugués se les escapara sano y salvo o no. Y, además, pilotar la nave es algo que puedes, y debes, hacer en completo silencio. De las maniobras de la marinería, de poner hasta al último hombre a trabajar, se encargaba el maestro. Y ahora, más que nunca, hasta el último significaba eso precisamente: ni el más joven de los pajes, un crío que acababa de cumplir los siete años, quedaba exento de las labores que tendrían lugar durante las dos próximas horas. Vamos a dar alcance a un barco portugués, lo vamos a lomardear y, con un poco de suerte, puede que hasta lo enviemos a pique. ¿Por qué? Por portugués. ¿Acaso no es razón suficiente? ¿No

merece el mundo vivir libre de ellos para siempre jamás? Pues aquí estaba la *Limpia Esperanza*.

A por ellos.

Trece marineros y siete grumetes, el grueso de la tripulación, se pusieron a trabajar con los aparejos. La carabela avanzaba ya a buena velocidad, pero precisaban más, mucha más. Había un puntito en el horizonte y, para alcanzarlo, necesitaban dos impulsos: el del viento y el de los músculos de los hombres. El primero ahí estaba, soplando alegre. El segundo, acababa de ponerlo en marcha el maestro Tolosa.

—Doble ración de vino si para la hora de la comida hemos dado alcance a esos hijos de puta —dijo con voz firme. A bordo no se bebía otra cosa, entiéndase, de manera que rebajar o aumentar las raciones se convertía tanto en castigo como en acicate. En honor a la verdad, ni lo uno ni lo otro solía ser frecuente. Los premios, a bordo, quedaban reservados a momentos decididamente especiales como el presente. En cuanto a los castigos... Ningún capitán era tan cruel o tan idiota como para dejar a un marinero sin su ración de vino. No, porque de ahí a la rebelión o el amotinamiento sólo había un paso. El vino siempre era sagrado sobre la cubierta de un barco español.

—¡Bien! —gritaron varios grumetes, casi al unísono. Los marineros, algunos de los cuales tenían bajo su cuidado personal a uno u otro muchacho, les soltaban un pescozón con el nudillo del dedo corazón. Que duele, duele a rabiar, pero no lo desgracia a uno. Ni al capitán, ni al maestro, ni al piloto se les rechistaba. En cuanto al carpintero, al calafate o al tonelero, pues dependiendo. En cualquier caso, si había que celebrar algo, los marineros serían los primeros en hacerlo, no el hatajo de astrosos grumetes.

La *Limpia Esperanza*, con Isasti a la caña del timón, comenzó a avanzar cada vez más y más deprisa. Lo que había sido un puntito en el horizonte, gracias al trabajo de los hombres en los aparejos, se estaba convirtiendo, primero, en un borrón más o menos distinguible y, más tarde, en la silueta de un navío de dos o tres palos. Un navío que, Tolosa ya lo había advertido, no se estaba quieto, sino que emprendía la huida: si alguien necesitaba una prueba de que se trataba de portugueses, ahí la tenía. Sólo los cobardes escapan de esta forma.

Quizás si no hubiera sido asunto de una carabela tan marinera como la *Limpia Esperanza*, a los perseguidos les habría dado tiempo a llegar a puerto seguro. Puede que entre ellos y su hogar no hubiera más de cuarenta y cinco leguas. Alguna menos, incluso, pues estos cálculos, y con las tripulaciones enteras absortas en el gobierno de las naves, se hacían siempre por estimación. Como para andar midiendo grados estaban. Pero sí, podría haberles dado tiempo. Sin embargo, la *Limpia Esperanza* navegaba tan veloz que hasta enseñaba la quilla por proa. En un barco construido para flotar sobre el viento y las olas, el hecho de conseguirlo se convertía en un motivo de orgullo para su tripulación. La marinería se dejaba la piel en las maniobras y no era raro que, durante largos ratos, apenas la voz del maestre dando tal o cual instrucción fuese el único sonido sobre la cubierta de la carabela. Cuando se navega como todo marinero sueña que debe ser la singladura perfecta, Dios está de tu lado, y también el esfuerzo, el sudor y los cabos crujiendo por la tensión. Sientes que el mundo, humilde en sí mismo, adquiere sentido y todo encaja. Hay portugueses en el horizonte, asuntillo al que vamos a ponerle remedio más pronto que tarde.

Cerca del mediodía, la tenían a menos de media legua de distancia. Ya no cabía duda al respecto: se trataba de una nao de quizás cien o ciento veinte toneles y, a juzgar de algunos marineros, navegaba a medio cargar. Dada la distancia que todavía separaba a ambos barcos, cualquiera habría sido un poco más prudente. No obstante, ¿quién dijo miedo? A los españoles les encantaba aventurar posibilidades, especular acerca de ellas, cruzar incluso alguna que otra apuesta. Por supuesto, todo ello sin dejar de lado las labores. Allí se trabajaba y como si no hubiera un mañana.

El capitán había ordenado a Jansito que preparara las lombardas de estribor. Así, todos sabían que por ese lado se acercarían a la nave portuguesa. ¿El plan? Puestos a pedir, ninguno mejor que el que hubiera supuesto la rendición inmediata del enemigo. No obstante, nada de eso sucedería. Los portugueses, en principio, habían optado por intentar huir. Ahora que la *Limpia Esperanza* se disponía a darles alcance, se defenderían. ¿Cómo? A lombardazos, claro.

Ningún marinero desconocía qué se proponía el capitán, pues era más que obvio: a tanta velocidad como fuera posible, darían al-

cance a la lenta nao portuguesa y la lombardearían en el momento que Jansito juzgara que la tenían a tiro. Mientras tanto, debían maniobrar rápido para zafarse de los disparos que, a buen seguro, desde el barco enemigo efectuarían. Dar sin que te den. Un procedimiento tan viejo como el universo mismo, pero efectivo a más no poder si consigues que te salga bien.

Y alguno dirá, a estas alturas... ¿Y si atacaban a inocentes? ¿No podría ser? Pues no, no podría. En primer lugar, porque la nave portuguesa era portuguesa y se encontraba en aguas que ellos, los españoles, consideraban españolas. En circunstancias normales, habría sido su deber tratar de apresarla o castigarla. Pero es que, por si esto no fuera suficiente, las condiciones estaban lejísimos de juzgarse normales: allí se estaba dilucidando si una expedición española podía o no poner rumbo tranquilo a la especiería. Los portugueses, que consideraban esta como una posición suya en ultramar, afirmarían, si alguien se tomara la molestia de cuestionarles al respecto, que no. Sin embargo, no había un solo español en Sevilla o en Sanlúcar que no se aprestara a negar esta aseveración: la especiería no era de nadie, salvo del que primero llegara y se la quedara para sí. Y esta realidad estaba por ver, escribir y esclarecer. Así que la *Limpia Esperanza* no sólo hacía lo correcto, sino también lo justo, lo conveniente y lo palmariamente de cajón. Que ya está bien con tanto Portugal, por el amor de Dios.

A un cuarto de legua de distancia, cuando ya se le podía distinguir el bigote al capitán portugués encaramado a su castillo de popa, la nao comenzó a virar hacia estribor.

—Pero qué putos cobardes... —dijo Isasti al darse cuenta. Una cosa era ser de pocas palabras y otra, no clamar cuando la ocasión daba para ello y para más. La nao portuguesa, teniéndose por cazada, les mostraba la popa. Dicho de otro modo, se ponía de perfil. De esta forma, Jansito tendría menos posibilidades de hacer blanco y ellos, según cuál fuera la derrota de la *Limpia Esperanza*, se reservaban la posibilidad de contraatacar con su artillería. Así, en cristiano, los portugueses se repartían, a sabiendas, una buena mano con el deseo de que los españoles se tragaran el farol y optaran por salir indemnes poniendo leguas de por medio; virar a estribor para no perder de vista a la nao y mantenerse en la contienda significaba que ellos, los

portugueses, los aguardaban con sus lombardas cargadas. De la rapidez de Jansito para recargar dependería todo.

Isasti lo tuvo claro desde el principio. La *Limpia Esperanza* continuaba aproximándose a enorme velocidad a la nao portuguesa. Poco a poco, el capitán tiró de la caña del timón y comenzó a virar hacia estribor. Acompasaba, de este modo, su movimiento al del enemigo. Tolosa, en cuanto se dio cuenta, procedió a dar instrucciones a la marinería para que las dos velas latinas se sumaran a la maniobra.

—¡No abras fuego, Hans! —ordenó el capitán.

El lombardero, que en una carabela de la eslora de la *Limpia Esperanza* no se hallaba a más de tres pasos de distancia de Isasti, asintió. Él habría preferido zumarles en la popa y recargar, pero allí las órdenes las daba el capitán. Sabía que podría haberlo logrado, que les habría dado tiempo a efectuar dos andanadas contra los portugueses: la primera en su popa y, algo después, en su costado de babor. Un hombre demasiado cauteloso para su gusto, el capitán Isasti...

O no. No existe lombardero que no desee disparar, como no existe carpintero que no vea tablas desclavadas por todas partes o calafate que no sueñe con el olor del pez. Y es bueno que así sea, pues si un hombre no ama su oficio, ni es hombre ni es nada. Pero precisamente por este mismo motivo, Isasti se sentía en la obligación de deberse al suyo: capitanear una carabela artillada cuyo objetivo es mantener limpias de portugueses las aguas españolas. Y esto se consigue con habilidad, sabiduría, un poco de suerte y los disparos justos y efectuados en el momento preciso. Aquella tripulación, su tripulación, estaba formada por marineros cuyo trabajo consistía en conseguir que la nave transitara, de la mejor manera posible, de un punto a otro en la mar. Ya está, no se trataba de más cosas, y quien pretendiera lo contrario se equivocaría de pleno. Desde luego, aquellos tipos con la piel agrietada por el sol inclemente no eran soldados. Sabían que iban artillados, por supuesto, y más de uno y de dos habían sido testigos, en alguna que otra ocasión, del rugir de las lombardas. Hans y todos los hombres que en Sevilla se llamaban Hans no dudaban en disparar cuando sus capitanes lo ordenaban. Pero esos disparos asustaban a los marineros. Por inhabituales, por estruendosos, por maléficos, por lo que tú quieras. Un hombre de mar es un hombre acostumbrado al silencio sólo roto por los quejidos del aparejo y el

graznido de las gaviotas. La guerra no formaba parte de sus vidas, del modo en el que ellos concebían sus existencias. Por ello, Isasti, y como Isasti cualquier capitán al mando de una nave que surca los mares, era partidario de efectuar, de todos los disparos posibles, siempre los justos y necesarios. Ni uno más.

Retendrían, pues, la carga y no dispararían sobre la popa que ya la nao portuguesa les enseñaba.

—¡Vamos, vamos! —apremió Tolosa cuando la *Limpia Esperanza* comenzó a realizar la maniobra de acercamiento a la nao enemiga.

De pronto, los portugueses arriaron las velas. La argucia tenía su qué y, siendo honestos, los españoles no se esperaban un movimiento tan audaz. Arriar de golpe todas las velas suponía que la nao se quedaba prácticamente sin gobierno, pero quieta en mitad de la mar. Continuaría avanzando durante un trecho a causa de la inercia, pero terminaría por detenerse. De esta manera, cuando la *Limpia Esperanza* le diera alcance, esta tendría mucho menos tiempo para efectuar sus disparos. Piénsalo: pasaría junto a ellos como una exhalación y Jansito se vería obligado a demostrar que realmente sabía cómo ganarse el jornal.

La del capitán portugués había sido una buena idea. De alguna forma, en mitad del mar abierto, donde no hay nada sino una inmensa extensión de agua por todas partes, ellos habían encontrado un lugar en el que ocultarse: la desquiciada velocidad que traía la *Limpia Esperanza*. Mantenerse quietos les daba una oportunidad de salvar el primer, y quizás último, envite.

Tolosa miró a Isasti, Isasti asintió levemente y no fue necesaria ni una sola palabra.

—Hans, preparado —ordenó el maestro. Iban a lombardear a los portugueses. La maniobra de detención no les libraría del ataque y a Jansito se encomendaban.

El alemán, como había hecho un instante antes el capitán Isasti, asintió por toda respuesta. Sujetaba en su mano el hierro candente con el que inflamaría la pólvora de ambas lombardas cuando considerara que la nao enemiga se encontraba a tiro. El procedimiento no podía ser más sencillo. Cada lombarda constaba de dos partes, la caña y el servidor. En la primera se colocaba la bala y en el segundo,

que podía extraerse de su posición, la pólvora y un taco de madera para mantener las cosas en su sitio. El lombardero no tenía más que inflamar la pólvora para que el taco saliera despedido y empujara la bala hacia el enemigo.

Jansito, que no había nacido ayer, disponía de dos servidores por cada lombarda. De esta forma, el proceso de carga de la segunda andanada se acortaba mucho: quitas el usado y pones el nuevo. Que-man como demonios, pero la piel de un lombardero es como la de los reptiles: gruesa y escamosa hasta la pura insensibilidad.

La Limpia Esperanza se acercaba más y más a la nao portuguesa. Jansito se situó, con los pies abiertos, en el punto exacto entre sus dos lombardas. Sudaba a chorros y apretaba los labios: por un instante, él sería el hombre más importante de la carabela. Todos, absolutamente todos sus tripulantes, incluido el mismísimo capitán, estarían trabajando para colocarle el tiro perfecto. No podía defraudarlos.

A una distancia tal que ya los rasgos de los marinos portugueses podían distinguirse con absoluta precisión, Jansito miró a Isasti. Isasti le devolvió la mirada, aunque como quien mira el vuelo de un pájaro: allí el capitán no tenía nada que decir y Jansito lo sabía. En sus manos estaban.

Contra todo pronóstico, porque siempre que esto sucede es contra todo pronóstico, los portugueses lomardearon primero y lo hicieron desde su lado de babor. Un proyectil pasó limpiamente entre los dos palos, y tres o cuatro hombres que bregaban allí sintieron su silbido en las orejas, y el otro hizo añicos un trozo de borda en la popa de la carabela. Jansito sonrió. Se habían apresurado. Ahora llegaba su turno.

Antes, Isasti trazó, en su cabeza, el plan definitivo. Los tenían. Si salía bien.

—¡Todo a estribor! —exclamó.

Tolosa atrapó la orden al vuelo y la descompuso en instrucciones para la marinería. La carabela se disponía a realizar una virada de ciento ochenta grados utilizando como centro de rotación la nao portuguesa. Ya venían virando desde un rato atrás, así que puede que, pese a lo arriesgado de la maniobra, lo consiguieran.

Primero, Jansito.

Se acercaron, se acercaron, se acercaron... Virgen santa, qué feos son los portugueses. Lo sabían, porque llevaban frecuentándolos media vida, pero se trataba de un tipo de fealdad que no siempre recuerdas. De esas que te sorprenden porque, cuando las ves, crees que las estás viendo por primera vez.

—¡Hijoputas! —gritó uno de los marineros cuando los tuvieron a tiro. A Tolosa no le dio tiempo a reprenderle por eso mismo, porque los tenían a tiro y Jansito iba a poner a bailar sus lombardas.

El alemán estiró el brazo en el que sostenía el hierro candente, lo acercó al servidor de la que se encontraba a su derecha e inflamó la pólvora. Acto seguido, un instante antes de que el disparo tuviera lugar, realizó lo propio en la lombarda situada a su izquierda y, en adelante, todo fue estruendo. Bam, bam, y los dos disparos partieron desde la cubierta de la *Limpia Esperanza*.

Isasti tenía la camisa pegada al cuerpo por efecto del sudor. Él era, en último término, el responsable de apuntar, así que verían si la fortuna les había sonreído. Antes de nada, tenía que disiparse el humo producido por las detonaciones.

La *Limpia Esperanza* llevaba tanta velocidad que ni siquiera tuvieron tiempo de apreciar algo. Superaron a la nao portuguesa, congelaron en sus mentes las caras de pasmo con las que les había recibido su tripulación y la superaron largamente. Salvo Jansito, que se apoyaba en la borda y sacaba medio cuerpo sobre ella para ver si así averiguaba cómo les había ido, el resto de los marineros se deslombaba para que la virada fuera perfecta.

—¡Le hemos dado! —gritó, de pronto, el lombardero. No le hicieron demasiado caso porque si a los lombarderos hubiera que hacérselo cuando se referían a sus propios disparos, la mitad de las armadas planetarias dormiría en el fondo del mar.

Gruñían los hombres por el esfuerzo y, con ellos, Isasti en la caña. La *Limpia Esperanza* había superado muy generosamente a la nao portuguesa y daba media vuelta en la mar tranquila. Isasti pretendía una cosa: volver a abordarla, aunque ahora por su lado de estribor. Habían comprobado, porque les habían disparado, que tenían cargadas las lombardas de babor. Podría ser que, previsores como los que más, los portugueses hubieran cargado las de uno y otro lado. Podría ser, pero esto era algo que no hacía nadie en el mundo entero.

No resultaría ahora que el capitán de esta nao del tres al cuarto alteraba el sentido de los pulsos del tiempo más allá de su lugar en la historia y en la razón. Tenían cargada una sola banda, que es como se había hecho toda la santa vida y como la propia *Limpia Esperanza* se encontraba realizando. Se ataca al enemigo con cabeza y esta es la primera regla de la cordura.

Jansito introdujo, en el minúsculo hornillo que llevaban para cocinar, el hierro candente. No fuera, entre que iban y venían, a enfriarse. Después, regresó hasta el lugar donde se ubicaban las lombardas y las enfrió vertiendo sobre ellas sendos cubos de agua de mar. Los servidores, aquellas piezas metálicas que se separaban de la caña y donde el lombardero situaba la carga de pólvora, fueron rápidamente sustituidos por otros. Jansito colocó las balas, encajó con mimo los servidores y todavía tuvo tiempo de irse a por un trago de vino antes de que la carabela volviera a colocarse en posición de tiro.

Como él había anunciado, le habían dado. Tolosa, que caminó hasta la proa de la carabela para, desde allí, tener una mejor visión de lo acontecido, advirtió, sin el menor margen para el error, que la nao portuguesa se escoraba levemente hacia su lado de babor. Hacia el lado en el que la habían lomardeado. Jansito estaba en lo cierto. Al menos uno de los dos proyectiles había atravesado las tablas de la nao y le había abierto una vía de agua. Dependiendo de que el navío se hallara más o menos cargado, de cómo estuviera repartida dicha carga y, por supuesto, del lugar donde le hubieran abierto el agujero, los portugueses serían o no capaces de taponar la vía de agua y, en consecuencia, de no irse a pique.

En lo que a los españoles respectaba, se disponían, con la ayuda de Dios, a horadarles la otra banda. La que tenían desarmada.

Isasti, a continuación, tenía dos opciones. Dada la posición de desventaja de la nao enemiga, podía moderar la velocidad de su carabela o, por el contrario, continuar como hasta ahora. El viento, que había sido a favor durante la ida, se había convertido en contrario tras el viraje. Sin embargo, la *Limpia Esperanza* barloventeaba como los ángeles, así que la opción de no ceder ni medio nudo continuaba abierta. El capitán no se lo pensó demasiado y se decidió por la segunda de las opciones: los superarían como una centella y que Jansito rematara tan bien como supiera.

—Están tocados, están tocados... —mascullaban los hombres sin poder ocultar su excitación. Como se ha dicho, no eran gentes de guerra, pero ya que los habían metido en una contienda, que esta se estuviera resolviendo a su favor los llenaba de satisfacción. A fin de cuentas, sabían, porque un marino lo sabe todo acerca de la nave que ocupa o, de lo contrario, no es digno de ser así llamado, que los aprietos en los que habían puesto a la nao portuguesa eran mérito y orgullo de todos y cada uno de los hombres a bordo.

La nao portuguesa ya daba más que evidentes síntomas de hallarse herida. Jansito les había provocado una vía de agua, sin duda, porque, en el momento en que la alcanzaron, la *Limpia Esperanza* ya había comenzado a virar, se había escorado hacia estribor y los disparos de las lombardas habían salido bajos. Ningún portugués habría sufrido daños, pues todos ellos se hallarían, durante la aproximación, en la cubierta, pero, a cambio, la nave enemiga había encajado un proyectil muy probablemente a la altura de la línea de flotación.

—No se mueven, capitán —dijo Tolosa mirando hacia la popa, allá donde Isasti continuaba aferrado a la caña del timón. En una carabela de una sola cubierta como la *Limpia Esperanza*, un hombre podía ver a otro prácticamente desde cualquier parte del barco. No volvería a ser así nunca jamás.

No se movían, efectivamente. Tenían problemas y ahora ellos llegaban para, sin piedad, terminar el trabajo. Portugal debía recibir un mensaje claro: fueran o no españolas aquellas aguas, ningún navío debía impedir que la expedición amarrada en Sanlúcar partiera rumbo a la especiería. Aquello sólo era un aviso, una muestra de lo que podían hacer: enviar naves enemigas al fondo del mar para, a continuación, mirar hacia otro lado. Porque esta es otra: todos sabrían cuál había sido el papel desempeñado por el otro, pero nadie reconocería nada. Los actos se explicaban solos y si el rey de Portugal quería declararle la guerra al rey de Castilla por un quítame allá una nao hundida, adelante. La *Limpia Esperanza* los aguardaba en algún lugar entre Gibraltar y las Canarias.

Porque ninguno de aquellos marinos era un desalmado y porque no se les ocultaba que a bordo de la nao enemiga bregaba contra el desastre otro buen puñado de marinos, les dio pena entrar a rema-

tarlos. Pero los españoles consideraban que habían empezado los portugueses, que nunca debieron invadir aguas españolas, que su presencia allí no suponía, en suma, sino un descomunal desafío que precisaba de su adecuada respuesta. Unos habían manifestado que ellos en su lugar no partirían en dirección a la especiería. Los otros les habían replicado que a ver por qué no. Y en esas estaban. En que todo quedara aclarado de la mejor forma posible.

Cuando la *Limpia Esperanza* pasó rozando la nao portuguesa, Isasti la acercó tanto que casi se tocan la una y la otra. Escuchaban perfectamente las conversaciones que mantenían, entre ellos, los portugueses. Percibían el miedo, el pavor que les causaba la nueva arremetida de la carabela española. ¿Por qué? Porque no tenían la menor posibilidad de salir indemnes.

Jansito recogió el hierro candente, se aseguró de que estuviera al rojo vivo y, por si acaso, sopló con suavidad sobre su extremo. Levantó la mirada, vio el horror en los rostros de los portugueses y, sin demorarse más, acercó el hierro primero a una lombarda y, luego, a la otra. Las dos abrieron fuego casi al unísono. Se hallaban tan cerca de la nao portuguesa, cada vez más y más escorada hacia el lado contrario, que no resultó difícil abrirle dos agujeros más en el casco. No significaban nada y lo significaban todo. Ahora mismo, por esos dos huecos en mitad de las tablas sólo penetraba el aire. Pero si los portugueses conseguían reparar el que les habían abierto en la pasada anterior, la nao recuperaría su equilibrio y estos dos se situarían por debajo de la línea de flotación. De una forma o de otra, el barco estaba perdido.

Isasti soltó la caña e indicó a los hombres que podían descansar. La carabela continuaría avanzando, pero ya no sostendría su velocidad demoníaca y, puesto que el viento venía de frente, terminaría deteniéndose. No les importaba. Ahora sólo restaba una cosa por hacer. Dos, en realidad.

La primera consistía en asegurarse de que la nao se hundía. Los hombres se arremolinaron en la popa de la carabela y, desde allí, observaron durante diez o quince minutos. Fue lo que tardaron los portugueses en lanzar su bote al agua y subirse a él, abandonando la nao para siempre. Muy escorada ya, quizás tardara horas, días incluso, en hundirse por completo. La tripulación portuguesa, al menos, parecía

salvada. Se alegraron por ello. ¿Quién no tenía un primo en Portugal? No merecían morir en aquellas aguas ni en ningunas. Ahora sólo tenían que remar durante una semana para así alcanzar la costa africana. Suerte, tíos.

El segundo asunto que requería su inmediata atención tenía que ver con el objetivo final de su cometido: avisar a los de Sanlúcar de que la mar estaba limpia y de que, por fin, podían soltar amarras.

—¿Habrán podido embarcar algo de agua? —se preguntó, en voz alta, el maestre Tolosa. La tripulación, tras ordenarlo el capitán, había dejado de trabajar. No obstante, nadie se movía de su sitio. No, al menos, hasta conocer los planes más inmediatos de la oficialidad. Escuchaban, pues, con atención.

—Lo dudo —respondió Jansito pasándose el dorso de una mano por los labios y dejando en ellos rastros de pólvora negra—. Bastante si han conseguido entrar todos.

—A lo mejor han abandonado a los grumetes —sugirió un grumete.

—Es lo más probable —repuso un marinero, medio en serio, medio en broma.

—Señores —dijo, entonces, el capitán Isasti. Se sentía agotado tras el esfuerzo de mantener firme la caña del timón durante tanto tiempo. Antes de que cayera el sol, le dolerían las manos aunque él, por supuesto, no lo admitiría jamás—: Ponemos rumbo a casa. Aquí hemos terminado.